

"ABC", 30 de Octubre 1970

LUIS F. LELOIR, EL EJEMPLO DIFÍCIL



Abril de 1967. En la Universidad de Granada, el doctor Leloir recibe del doctor Sols el nombramiento de socio de honor fundador de la Sociedad Española de Bioquímica.

El profesor Leloir, segundo por la izquierda, en Santiago de Compostela con ocasión de una reunión nacional de Bioquímica en 1953. Le acompañan doña Carmen de Ochoa, el rector de la Universidad compostelana y el doctor Severo Ochoa.



LO supimos antes que él. Una llamada desde Estocolmo al doctor Alberto Sols le rogaba que localizase urgentemente en Madrid al doctor Luis F. Leloir. Querían decirle que la Academia sueca le había concedido el Premio Nobel de Química 1970. "En Madrid, que yo sepa, no está—contestó alborozado el doctor Sols—, pero le agradezco mucho la noticia." En el Centro de Investigaciones Biológicas de la calle de Velázquez la noticia corrió con pólvora de fiesta. Y es que en las tres ocasiones que vino a España confraternizó holgadamente con nosotros y de paso nos brindó, sin proponérselo, la imagen más ejemplar de aristocracia científica.

Luis Federico Leloir, argentino-argentino, apellido de origen bearnés al que siguen otros con fonética vasca, nació en el seno de una familia muy conocida en Buenos Aires. Después de estudiar Medicina realizó su tesis doctoral con el doctor Bernardo Houssay, el famoso fisiólogo argentino, Premio Nobel de Medicina de 1946. Esta experiencia fue decisiva para Leloir, quien de forma muy tranquila comunicó a su

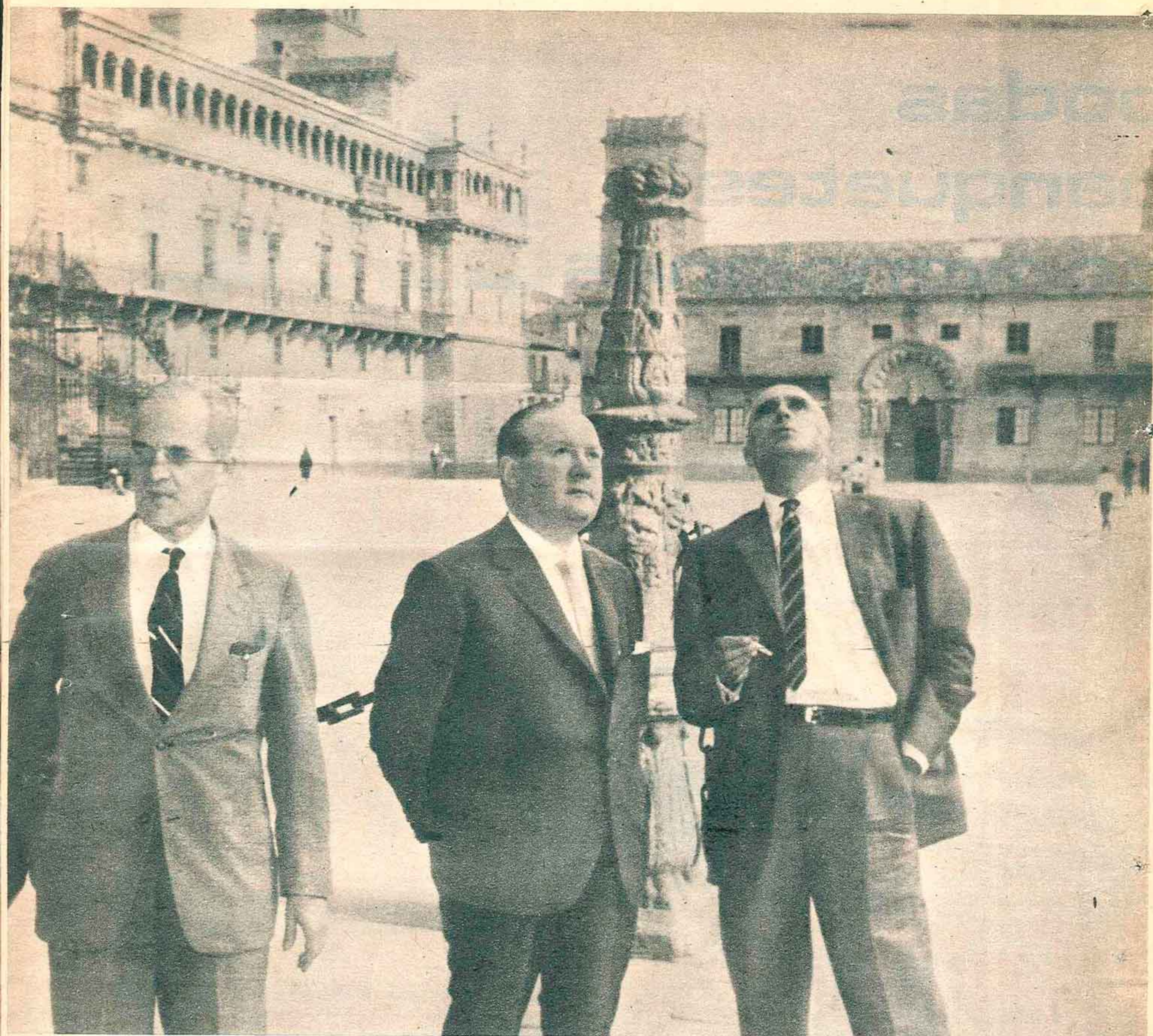
maestro que había descubierto que su vocación era dedicarse a la investigación científica. Así fue como "Luchito", el joven mimado del barrio Norte bonaerense, empezó una carrera en la que lleva ya bregando treinta y ocho años, habiéndose ganado a pulso, día a día, sin prisas ni pausas, la admiración creciente de la comunidad científica internacional.

Después de Medicina estudió Química, pero sin presentarse a examen. Sólo quería aprender. Luego amplió estudios en Cambridge, al lado del gran bioquímico Hopkins. Tras ello se incorporó al Instituto de Fisiología de Houssay, y en colaboración con Muñoz, obtuvo la primera preparación biológica con capacidad de oxidar las grasas "in vitro". Luego contribuyó de forma principal al descubrimiento de la hipertensina, hoy llamada angiotensina. Esto estimuló el estudio de numerosos polipéptidos que se han revelado de gran importancia en Fisiología y Patología.

En los años cuarenta su inclinación bioquímica se hizo más patente. Fue un perio-

do particularmente fecundo, y también el más difícil. En 1943 se produjo el avasallamiento de las Universidades. La mitad del profesorado fue eliminado, incluyendo al ilustre Houssay. Leloir renunció a su puesto universitario y se marchó a los Estados Unidos, en donde permaneció por año y medio con los doctores Cori, en San Luis, y Green, en Nueva York. Pero volvió a su difícil país, en donde empezaría un vía-crucis de innumerables dificultades, que nos darían la medida de su temple y de su estatura de científico excepcional.

Fue entonces precisamente cuando logró formar desde cero un grupo de colaboradores de gran calibre. Y fue entonces, también, cuando descubrió dos nuevas coenzimas. Uno de ellos, el uridindifosfo-glucosa, significó la apertura de un vasto capítulo de la bioquímica contemporánea, por donde se han esclarecido los mecanismos fisiológicos de la biosíntesis de azúcares como la sacarosa o azúcar común, la lactosa o azúcar de la leche, así como de las grandes moléculas glucídicas: el glucógeno, el al-



Montcho

midón, la celulosa, la quitina... En los libros de texto, las "rutas de Leloir".

Estos descubrimientos se alumbraron entre las paredes de un pequeño y viejo local de la calle Julián Álvarez, de Buenos Aires. Leloir contaba tan solo con una breve pieza, una mesa y un balcón. Los cromatogramas los colgaba cuidadosamente a secar en la puerta de entrada, y el visitante descuidado los hacía volar sobre el suelo, provocando así a educada sonrisa de un hombre bueno y exquisitamente templado. Gracias a Dios las cosas fueron mejorando, pero no debemos olvidar en esto la ayuda que le prestaron Houssay y el filántropo Campomar, así como el apoyo progresivo de varias instituciones internacionales, especialmente norteamericanas. Hoy cuenta con un estupendo Instituto de Investigaciones Bioquímicas que da cabida y fecundo clima a un numeroso grupo de investigadores procedentes de muchos países. Allí Leloir, sin prisas ni pausas, sigue produciendo trabajo de primera clase. Citemos como ejemplo el descubrimiento más reciente del enzima glucógeno-sintetasa, cu-

ys complicados mecanismos de regulación ocupan hoy febrilmente a varios laboratorios de otros países.

Algo más sobre el científico y el hombre. Su argentinismo es profundo y contenido; nada más lejos de la autocomplacencia nacionalista que apuntara Ortega. Lo más diamantino de su personalidad son la modestia y la sencillez. Sobre estos rasgos suyos abundan las anécdotas. Huye desesperado de agasajos y bambollas. Separa implacablemente todo lo que pueda distraerle de su trabajo, pero no rehuye la carga de responsabilidades comunitarias, especialmente las relacionadas con la promoción científica de su país o de Hispanoamérica. Sus colaboradores le quieren y respetan sin reservas. Con ellos es generoso y justo, aunque no efusivo. Voy a añadir algo casi imposible: no tiene enemigos. Esta devoción y admiración por su obra alcanza a toda la comunidad bioquímica internacional. Pero también penetra en otros sustratos. Yo no puedo olvidar la reacción de los estudiantes de Bioquímica Médica que tuve hace años en un país centroamerica-

no, cuando les describía los trabajos de Leloir. Se produjo entre ellos esa atmósfera tensa y abrazadora que aglutina y eleva los grupos hacia un líder, en este caso una renovada versión de Bolívars del siglo XX, de la nueva casta que ellos saben que necesitan. Y que buscan.

La vinculación de Leloir con los bioquímicos españoles es antigua y muy cordial. En primer lugar con su viejo, entrañable amigo Severo Ochoa. Háblenle a Ochoa de "Lucho" y verán cómo se inflama. Juntos hicieron no ha mucho una larga excursión por la ruta de los conquistadores, con recaladas andaluzas. La familia Leloir guarda de ello un gratisimo recuerdo. Cuando en 1963 se constituyó la Sociedad Española de Bioquímica, se nombraron como socios de honor fundadores a cuatro destacados científicos. Tres de ellos eran españoles: los doctores Ochoa, Jiménez Díaz y Lora Tamayo. El otro, casi extranjero: Luis Leloir.

Carlos ASENSIO BRETONES.

Con un cordial saludo de J